

DE CERCANÍAS FÍSICAS Y DISTANCIAS SOCIALES: LA CONSTRUCCIÓN SOCIOESPACIAL DE FRONTERAS Y LÍMITES URBANOS EN EL BARRIO DE LA BOCA

ABOUT PHYSICAL PROXIMITY AND SOCIAL DISTANCE: THE SOCIAL CONSTRUCTION OF URBAN BORDERS AND SPATIAL LIMITS IN LA BOCA

Gabriela Mera

Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA

gabsmera@yahoo.com

Resumen

En el marco de la pregunta por la la dimensión *espacial* de los procesos sociales, el presente artículo se propone indagar en las fronteras sociales y simbólicas que atraviesan un entorno barrial específico de la Ciudad de Buenos Aires, el barrio de La Boca. Trabajando a partir de un abordaje cualitativo, en base a entrevistas en profundidad, la investigación se propone estudiar las (inter)relaciones, accesibilidades, distancias y cercanías que se producen a nivel urbano, donde se conjugan relaciones de poder, y se construyen distancias y límites socioespaciales entre los individuos y grupos sociales. Se observa, así, que el barrio de La Boca se encuentra fuertemente marcado por fronteras y espacios “territorializados”, significados en términos de diferencias y lejanías (sociales), a pesar de que el mapa manifiesta una contigüidad (física), y se indaga en los “efectos de lugar” que estas fronteras producen en la vida cotidiana de sus habitantes.

Abstract

This article aims to look into the social and symbolic boundaries that cross a specific neighborhood environment of the City of Buenos Aires, La Boca,

addressing the question about the spatial dimension of social processes. Using a qualitative approach, based on interviews, the research aims to study the (inter)relations, accessibilities, and distances in near urban areas, where relations of power are combined, and distances and socio-spatial boundaries between individuals and social groups are constructed. It is seen, therefore, that the neighborhood of La Boca is strongly marked with "territorialized" borders and spaces, understood in terms of (social) differences and distances, although the map shows a (physical) contiguity, and investigates the "effects of place" that these boundaries produce in the daily life of its neighbors.

Palabras clave: fronteras simbólicas, movilidad espacial, territorio urbano, distancias sociales, La Boca

Key words: symbolic boundaries, spatial mobility, urban space, social distance, La Boca

Introducción

El presente artículo forma parte de una investigación en curso que se focaliza en la pregunta por la *segregación espacial* de la población urbana. Desde los primeros estudios realizados por la Escuela de Chicago de comienzos del siglo XX, la producción académica en torno a este problema ha sido cuantiosa. Pero recién en los últimos años comienzan a desarrollarse propuestas teóricas y metodológicas que buscan tomar distancia de las perspectivas más clásicas que conciben a la segregación espacial reducida a lo residencial —en tanto distribución desigual en el espacio— para incorporar aspectos del *habitar cotidiano*, como prácticas, representaciones y formas de apropiación del espacio urbano.

Estos autores, provenientes de las más diversas disciplinas¹, han abierto un campo de problematización que este artículo invita a profundizar,

centrándose en una arista particularmente rica de la temática, como son las *fronteras urbanas sociales y simbólicas* que se producen en la interacción, delimitando territorios (y territorialidades) diferenciados. La posibilidad de ahondar en esta cuestión —e indagar en las múltiples formas de distinción y desigualdad que se producen a nivel microespacial, atravesando las experiencias urbanas de los sujetos— es una invitación a redoblar la apuesta en este sentido, y brindar elementos conceptuales y empíricos para continuar problematizando la noción de segregación espacial, así como otras categorías en debate dentro del campo de los estudios urbanos, como la gentrificación o la fragmentación.

La pregunta por el espacio, como nos recuerda Pierre Bourdieu (1993), es, en definitiva, una pregunta por lo social, por las distancias, jerarquías y desigualdades sociales. La localización residencial de los individuos y grupos da cuenta de aspectos que hacen a la estructura urbana y el lugar (desigual, jerarquizado) que en ella ocupan los diferentes actores. Pero la cercanía espacial no siempre implica una cercanía social: lugares próximos en el plano pueden encontrarse profundamente separados por barreras de otro tipo: fronteras simbólicas, más o menos porosas, que recortan “mundos” con sentidos y valores diferenciados. Estas barreras —por lo general erigidas sobre (o entrecruzadas con) desigualdades materiales y sociales— tienen efectos muy concretos en las dinámicas socioespaciales, pues a su paso construyen membrecías y formas de extranjería, donde la diferencia se reproduce de manera cotidiana.

Cuando se observa al espacio, siguiendo a autores como De Certeau (2000) o Bericat Alastuey (1994), como un entrecruzamiento de *movilidades y prácticas espaciales*, se evidencia que las distancias y las proximidades, lo cercano y lo lejano, son categorías *relacionales* que se construyen en la interacción (o en la falta de ella). Es en este proceso, atravesado por relaciones de poder, que el orden socioespacial se construye en su carácter diferencial, donde una serie de consensos sociales marcan lo esperable, legitimando la sanción para quienes (a veces con su sola presencia en un lugar impensado)

los violentan.

Centrando la mirada en un entorno barrial específico, con características particulares como es el barrio de La Boca, el presente artículo se propone dirigir la mirada hacia las fronteras simbólicas que atraviesan su territorio, indagando en cómo se construyen distancias y límites espaciales que refuerzan diferencias y jerarquías sociales. Para ello, en primer lugar se retoman algunos debates y categorías propuestas por la literatura especializada para pensar estos procesos; a continuación se presentan las principales características socio-territoriales, históricas y actuales, del barrio de La Boca; y finalmente se aborda la pregunta por las fronteras sociales y simbólicas a nivel barrial, la construcción social de distancias/proximidades en las prácticas concretas, microbianas y cotidianas de sus protagonistas.

El abordaje metodológico se inscribe en una perspectiva *cualitativa*, con el fin de dirigir el foco analítico hacia los sentidos y significados que los actores otorgan a los procesos sociales en los que se encuentran inmersos. Para ello se implementó una estrategia de investigación basada en un *estudio de caso*, es decir que la mirada se focalizó “en un número limitado de hechos y situaciones para poder abordarlos con la profundidad requerida para su comprensión holística y contextual” (Neiman y Quaranta, 2007: 218). Se trabajó con *entrevistas en profundidad*, método que basa su quehacer en la recuperación del testimonio del otro, y que Arfuch (2002) ubica dentro del universo del espacio biográfico: la narración de experiencias del ser (individual y social), que se fundamenta en la proximidad entre el sujeto investigador y el sujeto entrevistado². En este marco, el proceso de selección de los casos debió ser recursivo, dinámico y constructivo, donde la selección de cada sujeto fue condicionando la selección de los posteriores. Se trabajó con el método de *bola de nieve*³; y para garantizar la diversidad y minimizar posible sesgos en el proceso de selección de los entrevistados, se dispararon bolas de nieve en distintos ámbitos. Se realizaron 27 entrevistas en profundidad⁴ —cuya inclusión tuvo como criterio procurar una muestra heterogénea en relación con algunos atributos básicos, como la edad, el sexo, la antigüedad en el barrio, y el lugar

de residencia, buscando vecinos que viviesen en zonas que fueron surgiendo en las entrevistas, por la presencia de alguna frontera urbana, o por tratarse de lugares particularmente cargados de sentidos—, y para definir la cantidad de casos, se trabajó con el criterio de *saturación teórica*, es decir, la no aparición de nueva información respecto a la categoría analizada.

El espacio urbano como un campo diferencial: distancias sociales y fronteras simbólicas

La ciudad, dice Lefebvre (1972: 123), “crea una situación, la situación urbana, en la cual las cosas diferentes influyen unas en las otras y no existen distintamente, sino según sus diferencias”. El espacio urbano constituye un campo intrínsecamente *diferencial*: un ámbito de oposiciones y contrastes que se define y redefine en la medida que reúne, aglutina, produce y reproduce las diferencias que emergen del desarrollo societal. Como resultado de ello, en él conviven, atravesadas y superpuestas, las *isotopías*, los lugares de lo idéntico, los homólogos, porciones de espacio que pueden leerse como formas del mismo lugar, del orden cercano, y las *heterotopías*, el lugar del otro y el otro lugar, la alteridad y el orden lejano. Entre ambos, los *espacios neutros*, en apariencia indiferentes, lugares de tránsito. Y atravesándolos —desafiándolos— las *utopías*, el no-lugar, la potencia (Lefebvre, 1972).

Pero ¿cómo entender estas diferencias que atraviesan y constituyen al espacio urbano? Isotopías y heterotopías, lo idéntico y lo diferente, lo cercano y lo lejano: ¿cómo y desde dónde se definen y construyen estas dicotomías que recorren las relaciones y dinámicas espaciales? Si se parte de considerar que, sobre toda estructura de distribución residencial, se tejen prácticas urbanas cotidianas —se produce ese *cruzamiento de movildades* que De Certau (2000: 129) denomina *espacio*—, se abre la puerta a un universo de sentidos que hacen a la vinculación entre espacio y sociedad, donde lo material y lo simbólico definen toda una estructura de usos del espacio urbano, sus diferenciaciones y distancias socioespaciales.

En palabras de Bericat Alastuey (1994: 18), la supuesta estaticidad del espacio solo es concebible en tanto campos de movilidad probable, donde el ordenamiento espacial del mundo de la vida cotidiana presupone una determinada posibilidad de alcance, diferente para cada uno, que “instituye en la conciencia el espacio mediante el concepto de *límite*”. Pero la noción de límite no constituye una demarcación estática sino dinámica y relativa, condicionando las probabilidades de circulación y movilidad de las partes.

Simmel, en su análisis de la dialéctica entre espacio y sociedad, plantea que “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial”; pero “cuando se ha convertido en un producto espacial y sensible, en algo que dibujamos en la naturaleza con independencia de su sentido sociológico y práctico, esto ejerce una influencia retroactiva sobre la conciencia de la relación entre las partes” (Simmel, 1977: 652). Si el espacio es producto de un constante proceso de construcción, esto parece adquirir particular claridad en el caso de las fronteras y límites cuya existencia misma cobra sentido en tanto producción social de las diferencias en el territorio.

En esta línea, Grimson (2002) propone trasladar analógicamente instrumentos de análisis de las *fronteras nacionales* para pensar a las *fronteras intraurbanas*. Parte para ello de la concepción de Van Gennep (1986: 30) de frontera como ese “espacio liminal” o zona de indefinición cuyo cruce —la acción misma de *cruzar el umbral*— implica un acto de pasaje de un mundo a otro, donde los “nativos” devienen “extranjeros”, y que, en tanto tal, se encuentra atravesado por una serie de prácticas y ritos de pasaje. Siguiendo a Grimson (2009), las fronteras devienen en parámetros cognitivos de la vida urbana; pues no sólo la ciudad se encuentra llena de “aduaneros”, que solicitan documentos o detienen pobres o migrantes, en particular cuando se encuentran en territorios ajenos, sino que los mismos habitantes tienden a recibir con extrañeza o sorpresa a los cuerpos intrusos que se hacen presentes en zonas impensadas para ellos.

Al plantear una analogía entre fronteras nacionales y fronteras

intraurbanas, la propuesta de Grimson permite pensar que la producción de espacialidad en contextos urbanos, como dirían Lefebvre (1969) y Soja (1989), es un proceso que implica una constante construcción de fronteras espaciales, las cuales generan que las distintas zonas de la ciudad adquieran sentidos y valores diferenciales, donde “para el imaginario se dibujan dos territorios valorizados de manera opuesta: un territorio seguro y limpio, un territorio inseguro y peligroso. El pasaje de uno a otro lado puede requerir rituales muy diversos, dependiendo de si los que pasan son ‘nativos’ o ‘extranjeros’” (Ameigeiras, Aprea, Cabello, Eilbaum, Federico, Filc, Frederic, Grimson, Kohan, Kozak, Rubinich, Soldano, Villalta, 2002: 183). Pero esta construcción de territorios *locales* diversos al interior de los espacios urbanos, aún en su carácter simbólico, no puede entenderse por fuera de las *condiciones materiales* que reproducen el aislamiento de los sectores de menores recursos que se encuentran aislados en sus propios barrios (Filc, 2002). Las desigualdades materiales y las diferenciaciones simbólicas conforman un entramado que se verá reproducido en términos espaciales, delimitando territorios diferenciados.

El análisis de la construcción de las diferenciaciones espaciales requiere considerar, entonces, cómo se articulan *fronteras simbólicas* —las distinciones de los propios actores en torno a los objetos, personas y prácticas, que separan y generan sentimientos de identificación y pertenencia— y *fronteras sociales*, formas objetivadas de las diferencias sociales, que se manifiestan en accesos desiguales y distribuciones diferenciales de recursos, y que pueden expresarse en términos de agrupamientos en el espacio o condicionar las formas de interacción (Lamont y Molnar, 2002). La noción de frontera así entendida implica considerar cómo los recursos simbólicos también se ponen en juego en el proceso de crear, mantener, resistir o disolver las diferencias sociales institucionalizadas. Como sostiene Bourdieu (1990), el sistema simbólico se organiza así según la lógica de la diferencia, de la separación, a través de la cual los grupos dominantes logran legitimar su propia cultura y estilo de vida.

El barrio de La Boca

En el extremo sudeste de la Ciudad de Buenos Aires, en la ribera del Riachuelo, La Boca constituye un barrio con características que lo distinguen del resto de los barrios porteños. Su temprano desarrollo, que se consolidó durante el primer periodo de metropolización de la ciudad (1869-1914), se vinculó con el movimiento del puerto del Riachuelo, el puerto natural de la ciudad y principal foco de la actividad económica. Siendo lugar privilegiado para las actividades marítimas de bajo calado, La Boca se transformó en el centro de la actividad económica que giraba en torno a la navegación fluvial. Toda esta área se fue poblando así de mataderos, saladeros y galpones de almacenamiento para los productos que se exportaban por el puerto (Redondo y Zunino Singh, 2008). Sin embargo, esta misma situación generaba inconvenientes: era una zona baja y anegadiza, y arrastraba fama de insalubre, provocada por los olores que emanaban del Riachuelo, donde los saladeros descargaban sus desechos (Devoto, 1989).

Si el puerto, y las actividades económicas vinculadas a él, constituyeron parte fundamental de la dinámica y fisonomía barrial, otra parte esencial se vinculó con la inmigración masiva ultramarina, de la cual La Boca fue receptora privilegiada. En este contexto, el barrio experimentó un rápido crecimiento poblacional y alta densificación, observable ya hacia 1871 y durante las primeras décadas del siglo XX (Redondo y Zunino Singh, 2008).

Con la llegada de la migración europea, La Boca se convirtió en barrio obrero de inmigrantes y adquirió la fisonomía que lo definiría desde entonces, con una tipología de vivienda distintiva: el *conventillo*. Estas viviendas, de chapa, madera y colores, prototípicas de la inmigración genovesa, otorgaron un carácter peculiar a la zona (Díaz Orueta et.al., 2003). Esta tipología habitacional se incrementó hasta estancarse en los primeros años del siglo XX, pero “no se transformó en una ‘especie en extinción’, siendo La Boca el lugar de la capital donde más se ha mantenido su presencia” (Lacarrieu, 1995b: 70).

Por otra parte, el fuerte peso de la comunidad italiana marcó hondamente su carácter. Como señala Devoto (1989: 101), La Boca era el barrio italiano de Buenos Aires: la pequeña Italia en cuyas calles los vecinos (italianos o no) usaban como lengua el dialecto genovés, lo que “reflejaba la culminación exitosa de un proceso de liderazgo territorial de parte de los ligures”. La hegemonía que este grupo ejerció sobre la vida social, económica y cultural del barrio hizo que muchos autores (Devoto, 1987; Redondo, 1988) catalogasen a La Boca como un *barrio étnico* desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta el período comprendido entre las dos guerras mundiales.

Desde la década de 1940, y en particular en la de 1970, se produce la “descomposición del barrio étnico”, cuando numerosas familias se trasladan a otras zonas dejando libres habitaciones que serían alquiladas por las nuevas corrientes migratorias, primero de las provincias y luego de países limítrofes (Redondo, 1988: 282-3). La entrada en escena de estos actores, fue “parte de un proceso el cual, hacia los últimos años, se suman los afectados por el descenso social o ‘nuevos pobres’” (Lacarrieu, 1995a: 42).

Desde entonces, se desarrolló un proceso de vaciamiento demográfico del barrio, que estuvo acompañado por la pérdida de importancia de sus roles productivos y funcionales. Primero, hacia 1930, se produjo el traslado de los establecimientos industriales al noroeste. Luego, la desactivación del puerto del Riachuelo en 1970 y el cierre de gran parte de las industrias vinculadas a él, consolidaron un proceso que afectó la dinámica del barrio y produjo su paulatina degradación (Redondo y Zunino Singh, 2008). Dicho proceso se manifestó a nivel territorial en la aparición de inmuebles vacantes, en la desinversión y el deterioro de la zona.

Desde la recuperación democrática, el barrio de La Boca ha sido objeto de diversas políticas habitacionales motivadas por la progresiva degradación del tejido urbano⁵, cuya formulación e implementación involucró un entramado de actores sociales diversos: organismos estatales, empresas privadas, cooperativas, organizaciones sociales, etc. (Guevara, 2010).

En este contexto, a mediados de la década de 1990, comenzaron las

obras para la puesta en valor del barrio, con el fin contribuir a su renovación, “generando condiciones propicias para la atracción del capital privado (...) asociados al perfil de ‘área de interés turístico y valorización patrimonial’ que se le asigna” (Herzer, Di Virgilio, Guevara, Ramos, Vitale e Imori; 2008: 45). El proyecto de mayor inversión pública fueron las obras de Defensa Costera y Renovación de la Ribera, que se implementó con el objetivo de prevenir y mitigar las inundaciones que históricamente afectaban al barrio con las crecidas del Riachuelo. Esta obra se acompañó con la reforma y parquización del área costera en las inmediaciones de la Vuelta de Rocha, con el fin de contribuir a la recuperación del entorno barrial, como otra de las etapas del proceso de urbanización de la ribera de la Ciudad (Rodríguez, Bañuelos y Mera, 2008).

El éxito que tuvieron estas intervenciones fomentó que capitales privados comenzaran a invertir “incrementando la valorización del suelo, modificando la lógica del mercado inmobiliario y reforzando el impulso al proceso de transformación urbana” (Herzer et. al., 2011: 24). Este proceso de puesta en valor del barrio se extiende, condicionado por las sucesivas crisis económicas, hasta inicios del nuevo siglo. A partir del 2001 se detiene, y para entonces “la población que allí vive comenzó a sufrir concomitantemente los efectos de la crisis y las consecuencias del proceso de renovación urbana” (Di Virgilio, Herzer, Ostuni, Redondo y Rodríguez, 2008: 122).

En la actualidad, La Boca tiene una dinámica y una fisonomía propias que le otorgan su carácter distintivo. En su estructura espacial pueden observarse los distintos usos del suelo, presentes y pasados, que perviven y conforman un mosaico de formas y sentidos. Un *barrio residencial obrero*, en la actualidad más caracterizable como de clases populares. Un *barrio de inmigrantes*, que si bien perdió su carácter de “barrio étnico”, sus huellas perviven en la tipología y las fachadas de sus viviendas y en el imaginario de sus habitantes. Una *zona industrial portuaria*, hoy en desuso, pero que permanece en un paisaje signado por galpones y depósitos, en gran medida cerrados; y un *enclave turístico* en ascenso, pero acotado a un sector del barrio particular.

El Mapa 1 ilustra cómo se configura hoy el territorio de La Boca, con sus principales puntos de referencia. En la actualidad las arterias comerciales históricas —algunas cuadras de la avenida Regimiento de Patricios y Almirante Brown— se encuentran en decadencia; y el principal eje comercial se trasladó a la calle Olavarría. La zona turística se circunscribe a lo que se denomina Vuelta de Rocha —la curva que realiza el Riachuelo, antiguo muelle del que partían embarcaciones pequeñas, y que tempranamente devino lugar de paseo— y Caminito, pequeña calle peatonal que funciona hoy prácticamente como un museo al aire libre, con conventillos reciclados y exposiciones de artistas. El desarrollo de esta zona y sus alrededores como enclave vinculado al turismo tuvo un importante impulso con las obras de defensa costera, y fue alimentada por políticas de fomento al consumo turístico y cultural. El dinamismo de este enclave contrasta con la antigua zona de actividad portuaria en las márgenes del Riachuelo, al norte y al sur de Vuelta de Rocha, y la presencia de inquilinatos y casas deterioradas. Lo que fue la zona de cantinas, en la calle Necochea, hoy es uno de los sectores de mayor precariedad edilicia y social.

Mapa 1. El barrio de La Boca: hitos principales



Fuente: elaboración personal en base a cartografía de INDEC 2010.

En el extremo norte, llegando al límite con San Telmo, se encuentra *Catalinas Sur*, un complejo de monoblocks, de alrededor de 2.000 viviendas, que fue construido en 1965 por la Comisión Municipal de la Vivienda, y es habitado mayormente por clases medias. En el otro extremo, sobre las márgenes del Riachuelo, existe un asentamiento reciente, denominado El Triángulo/Lamadrid, en el cual vivían 923 personas en el año 2010, según datos de la DGEyC⁶.

Cercanías físicas, distancias sociales: fronteras simbólicas a nivel barrial

De croquis y cartografías simbólicas

En esta porción del espacio urbano que conforma el barrio de La Boca pueden hallarse, así, múltiples distinciones en función de los usos del suelo y la fisonomía que fue adquiriendo cada lugar: zonas comerciales, zonas fabriles, zonas de paseo y esparcimiento, zonas residenciales. Pero sobre esa división del espacio se construye y reconstruye otra cartografía, de carácter simbólico, que Silva (2000) sintetiza en el concepto de “croquis”. Y es éste último, según el autor, el que representa realmente al territorio, en el cual “se nombra, se muestra o se materializa en una imagen dentro de un juego de operaciones simbólicas en las que, por su propia naturaleza, ubica sus contenidos y marca los límites”.

Es decir que al *mapa* de La Boca, con sus calles, avenidas y límites formales, se superponen los *croquis* se levantan sus habitantes, producto y productores de sus itinerarios cotidianos. Más allá de las particularidades, los relatos de los entrevistados tienden a repetir ciertos sentidos compartidos en torno a las “fronteras” dentro del barrio, dando cuenta de cánones socialmente contruidos y apropiados. Dos zonas en particular emergen como lugares de concentración de propiedades negativas (estigmas): “De Brown para allá” (en referencia a la Av. Almirante Brown, antiguo eje comercial del barrio, devenida en frontera simbólica del mundo que se extiende entre ella y el Río), y el llamado “Barrio Chino”, la vieja Boca en torno a las vías del ferrocarril. Otras dos zonas adquieren un sentido positivo (prestigio): el barrio Catalinas, en el extremo límite con San Telmo, y la Av. Patricios, que divide a La Boca del barrio de Barracas.

“De Brown para allá”

A escasos metros de la zona *céntrica* de La Boca, la avenida Almirante Brown constituye más que una arteria comercial en decadencia: en el imaginario barrial representa un límite, una frontera entre dos mundos, que construye distancias (simbólicas) entre territorios y personas próximas en el espacio

(físico) barrial. Esta zona, que abarca el extremo noreste del barrio hacia el Riachuelo (véase Mapa 1), pasó de ser un lugar turístico, cuando funcionaban las típicas cantinas, a un espacio asociado con la delincuencia y la inseguridad. En palabras de Gloria, vecina histórica del barrio, *“De Almirante Brown hacia lo que eran las cantinas antes... Necochea, Ministro Brin... esto pasó a ser algo de que digo: ‘el que me quiera robar, que venga’”*.

Esta diferencia que se construye en torno a la zona “de Brown para allá” no se trata de una cuestión puramente simbólica: hay diferencias (o mejor dicho, desigualdades) sociales y materiales funcionando en este proceso. Esta frontera, primero que nada, es una frontera clasista, que se vincula con la presencia barrial de la pobreza y los miedos que genera su asociación con historias de delincuencia y transgresión: desde el reporte de robos y “manoteos” al hecho de que sus habitantes “se enganchan” y “ocupan” las casas o locales del entorno. Y, en particular, se relaciona con la presencia (relativamente novedosa para el barrio) de un asentamiento informal: *“Esa zona es brava, porque detrás, de aquél lado, está una villa; pasando Brown, dos o tres cuadras, o sea, los alrededores, bordeando el río, de ese lado tenés villa. Y de ahí se vuelcan, son los que salen a manotear”*, dice Marina. *“Esa zona son casas tomadas, son casas, locales ocupados. Lo que pasa que todo el Fuerte Apache, como tiraron todo abajo, se vinieron para acá”*, señala Marisa.

La construcción de este límite —que es, a la vez, material y simbólico— tiene efectos muy concretos en las dinámicas y discursos barriales. En tanto hecho sociológico con forma espacial, en palabras de Simmel (1977), la frontera funciona como un elemento tangible en la conciencia de los actores, que condiciona sus formas de circular, de interactuar y de codificar el entorno. *“Ya se hizo un... algo invisible que nadie va para allá. No hay locales ni nada”*, apunta Gloria, *“Vos fijate que Brown ya es un cementerio de negocios, no hay nada. Porque vos sabías que ibas a Brown, situación límite, y ahí te robaban. Entonces uno dejó de ir allá”*. Como primer mecanismo, entonces, la frontera funda un umbral (“situación límite”) que divide (jerarquizando) el territorio, de manera que el vecino conocedor del barrio “dejó de ir allá”. Pero como señala

Segura (2009), si bien toda frontera constituye un límite que separa y aísla ámbitos y prácticas, constantemente se tejen puentes y pasajes entre ambos territorios así definidos. Y es sobre esta movilidad —sobre el hecho de que la frontera no representa una barrera física o política real, sino una barrera social y simbólica— que se condensan sentidos sociales intensos en torno al barrio y sus habitantes.

En primer lugar, aparece la emergencia de un “acá” y un “allá” que construye *extranjería*: el que cruza la frontera deviene un extraño, un extranjero que, como observa Silva (2000: 53) “se delata’ en su aparecer inapropiado porque desconoce los códigos de autorreconocimiento de los habitantes del territorio en cuestión”. Y este proceso funciona en ambos sentidos: por un lado, para quienes son “de acá” el ir “para allá” implica verse expuesto a ser reconocido como extraño y, por lo tanto, pasible a ser robado: *“por lo que dicen los vecinos, es lo peor porque es como que ahí te esperan... sobre todo si saben que no sos de ahí. Y a los turistas ni te cuento”* (Celeste); *“Si a uno no lo conocen por ahí, es medio peligroso. Es un mundo aparte cruzando Brown”* (Víctor). Y, por otro lado, cuando de “este lado” se observan las marcas de lo que se atribuye como propiedad de los habitantes del “otro lado” (la práctica del robo, por ejemplo), se sabe que los responsables no fueron nativos “de este lado”, sino gente “de allá”, que vienen con sus malos códigos: *“Cuando roban en Caminito sabemos que todos van para allá”,* dice Marisa.

En segundo lugar, la avenida funciona como una barrera resguardada a nivel institucional; la policía la vigila y se asegura que los “de acá” (algún desprevenido que no conozca los códigos barriales que dicen que no hay que aventurarse hacia aquél lado) no cruce: *“Hay controles policiales. Estás acá en Bancho⁷ y tenés ahí toda la policía. O sea, ¿qué es eso que vas a cruzar?, no, vos vas a comer, sentáte y la policía te protege, te cuida”,* señala Soledad (25 años), nacida y criada en La Boca (de “este lado”). La frontera social y simbólica aparece así reglamentada (y legitimada) por un orden institucional, asegurando que el orden espacial (que “los de acá” no crucen hacia “allá”) se

reproduzca en las prácticas concretas.

En tercer lugar, la barrera es reforzada por los mismos vecinos, y en este marco constituye un elemento tranquilizador, por medio del cual el barrio estrecha sus límites y regula el establecimiento de ciertos habitantes, estableciendo criterios de inclusión y exclusión. En *“esa zona de Brown para el otro lado (...) hay una presión del barrio para que no pasen Brown como avenida principal, ¿viste?, ahí firmes. La gente del barrio... dicen ‘no van a pasar’, y no pasan Brown”*, apunta Soledad. Es decir que no se trata sólo de un “no voy para allá”, sino que la barrera también se convierte en un “vos no venís para acá”: el “barrio” (del que ellos, los de allá, no formarían parte) no permite que se integren a él. Se tolera su existencia mientras se mantengan de aquél lado; mientras sepan que no pueden cruzar el umbral. *“Inclusive los del Indoamericano cuando quisieron tomar Casa Amarilla, los fueron a sacar, los vecinos... o sea, el imaginario es: ‘Brown no pasás’, y no pasaron”*, señala Federico. Como sucede con los extranjeros, el tránsito se tolera, pero el asentamiento no: *“Por ahí circulan pero no permitir que haya... intentaron crear asentamientos en Brown, pero como entraban desaparecían. Como que el barrio, los vecinos, bueno, ‘hasta Brown, no me pasás de acá’. Por eso tampoco el asentamiento se fue extendiendo para esta zona. La avenida es la barrera”*.

El orden socioespacial (diferencial y desigual) al interior del barrio se construye así en torno a todo un conjunto de *consensos sociales* en relación a los territorios y sus habitantes, que les asignan roles y comportamientos esperados, y sancionan toda transgresión. Como se observa en el relato de Soledad, cuando los “de allá” no entienden que el código tácito les prohíbe asentarse de este lado de la frontera, “el barrio” sale a defender sus límites. *“Hay dos realidades muy diferentes de un lado y del otro”*, dice Soledad. Y “el barrio” se asegurará de que así siga siendo, deviniendo así un territorio social, económica y culturalmente *marcado* por relaciones de poder.

El “Barrio Chino”

Portador de atributos igualmente negativos, pero con dinámicas propias, un segundo territorio diferenciado(r) emerge de los relatos de los entrevistados: el “Barrio Chino”. Este sector de la “vieja Boca”, como le dicen algunos vecinos, se localiza en el sur del barrio, en torno a las vías y algunas calles aledañas, para el lado del Riachuelo y para la zona de Barracas.

En este caso, la frontera deviene más difusa e imprecisa, incluso en ocasiones borrosa, si bien existe y funciona en los sentidos que le otorgan sus vecinos. No hay, como sucedía en relación con la avenida Alte. Brown, una calle o hito claro que divida el territorio. Muchos habitantes no pueden definir sus límites con certeza: para algunos el umbral es la calle Quinquela Martín, para otros la referencia es la vía. *“El Barrio Chino está, ¿cómo te puedo decir?, pasando la vía pero más al sur, más pegado a Barracas. En realidad la vieja Boca, de la vía para acá, y de Villafañe para allá. Y el barrio Chino quedó atrás de la vía pero pasando la Vuelta de Rocha, atrás”* (Saúl); *“Y está de Caminito para allá, y hacia dentro. Ponéle, Garibaldi, Magallanes... y no me acuerdo bien”* (Tota); *“Pasando Quinquela, todo para allá, lo llaman el Barrio Chino”* (Mario); *“Es ahí... ¿Caminito conoce? Bueno, más allá, al fondo. Hay más o menos 8 o 10 cuadras. Por Coronel Salvadores y Hernandarias, ahí es”* (Isidoro); *“El Barrio Chino es cruzando la vía y... nunca fui por ahí”* (Víctor); *“En la calle Alvarado, para allá. Queda retirado, un poco retirado. Yo casi no fui para allá”* (Carmen). Si bien la línea fronteriza como tal no se materializa en los imaginarios de estos vecinos, el lugar (físico y simbólico) que ocupa esta porción del barrio es claro: “para allá”, “atrás” y “al fondo”.

Otra diferencia significativa respecto al caso anterior es que “de Brown para allá” constituye un territorio que se define sólo a partir del cruce de su frontera, no tiene más entidad que lo que no es (es lo que hay “para allá”); mientras que el Barrio Chino tiene una denominación, apropiada como tal por sus habitantes. Si se entiende al territorio como una elaboración simbólica, el acto de *nombrar* constituye una marca territorial, que deja huellas en el espacio y en la conciencia de los actores (Silva, 2000). En el caso del Barrio Chino, el nombre deviene un elemento estigmatizante: tanto para quienes se encuentran

familiarizados con él (por haber vivido allí o no) como los que apenas lo conocen pero “suponen” de qué se trata por su mote, el Barrio Chino se vincula con el peligro, la delincuencia, el malvivir, las drogas o la prostitución. En el barrio circulan diferentes sentidos en torno a por qué se llama “Barrio Chino”. *“No sé. Toda la vida vivimos y toda la vida se le dijo Barrio Chino. Y no sé, por la mala junta, supongo. Era como la zona... la zona turbia era. Pero eso era antes, en la época vieja. Entonces lo relacionaban con la mafia, por la mafia china”* (Federico); *“Y, porque hubo muchos problemas, ¿viste?, robos, mucha droga”* (Mario); *“En la década del '80 apareció ese nombre, y era como que había muchos focos de gente del malvivir y era medio peligroso andar por ahí. Es oscuro. (...) Había muchos focos de delincuencia, venta de estupefacientes, qué sé yo... bueno, porque en Estados Unidos el barrio chino es bravo, entonces acá le pusieron Barrio Chino”* (Jorge); *“Y, se llama así porque antes estaban las chinitas. Las chinas no son chinas-chinas, sino las criollas. Que atendían... a los hombres”*[dice por lo bajo] (Tota).

Así como esta zona de La Boca se constituye en un territorio muy cargado de sentidos negativos (muchos de ellos históricos, pero que perduran en el presente), la diferenciación y la distancia respecto a otros espacios del barrio se consolida en el universo del *circular*. *Yo por esa zona propiamente hace mil años que no voy, ¿viste?... Tengo alguna gente que viene, clientela, ¿viste?* (Mario); *“Yo nunca... casi nunca frecuento por esa zona; muchísimo que no voy por ahí. En un tiempo iba porque cuando era más chico hacían baile los bomberos de la Vuelta de Rocha y frecuentaba más esa zona, qué sé yo. Pero muy poco. Ahí nunca más, siempre paso con el colectivo, con el 20”* (Jorge); *“Lo más peligroso acá en el barrio es esa parte, esa zona, pero no sé hasta qué punto porque yo nunca me meto ahí”* (Víctor). *“Y, la gente no suele venir para acá”,* dice Gloria mientras recorríamos la zona, *“Esta señora que te contaba viene por el club de jubilados. Viene para acá porque el otro centro de jubilados que está por Lamadrid es muy político, se volvió muy político. Ella se viene hasta acá. Pero te digo una de todo el edificio. Te digo así, para que te des cuenta de la proporción”*. La construcción del Barrio Chino como un ámbito

que pertenece al orden lejano, una *heterotropía* —‘el lugar del otro y el otro lugar’, en palabras de Lefebvre (1972)— se consolida como tal en el universo de la circulación, de la movilidad. Así como los senderos y lugares *practicados* devienen cercanos y familiares, pasando a formar parte del espacio de vida de los individuos, la no-circulación por determinados ámbitos hace a la consolidación de esas distancias y fronteras territoriales. Una vez que el límite, en tanto hecho sociológico, se vuelve “un producto espacial y sensible (...) esto ejerce una influencia retroactiva sobre la conciencia de la relación entre las partes” (Simmel, 1977: 652).

Como área de concentración de propiedades negativas, en el imaginario de algunos vecinos de La Boca el Barrio Chino se convierte fácilmente en el receptáculo de las personas portadoras de tales características: “*Había muchos vagos por acá que ahora no están más. Creo que se van todos para el Barrio Chino. Creo se fueron algunos para allá, y algunos están presos, seguro*”, comenta Víctor. Al igual que sucedía con la zona “de Brown para allá”, la frontera se enlaza con las desigualdades materiales —y las diferenciaciones simbólicas que se articulan sobre ellas—, conformando un entramado que se reproduce a nivel espacial, y delimita así territorios jerarquizados.

Distinciones sobre distinciones

La conformación de fronteras y límites simbólicos a nivel intraurbano constituyen fenómenos de carácter dinámico y relacional. La aparición recurrente en los relatos de los vecinos del barrio de estos dos espacios “territorializados”, marcados y significados en términos de diferencias y lejanías, no debe llevar a concluir que se trata de las únicas fronteras existentes a nivel barrial, si bien los sentidos compartidos revelan el grado en que funcionan y producen efectos en el territorio y sus habitantes. Son muchas las microfronteras que coexisten en este sentido, construyendo los límites de los espacios vividos de los diferentes actores.

Un múltiple juego de espacios más o menos estigmatizados y de espacios más o menos prestigiosos conforma, como lo denomina Bourdieu (1993: 121),

“una verdadera simbólica de la distinción”. Como capas superpuestas de sentido, a nivel territorial se despliega un mosaico de distinciones sobre distinciones. Las *isotopías* y *heterotopías* —qué espacios constituyen el lugar de lo idéntico y cuáles el lugar de lo diferente, qué forma parte del orden cercano y qué del orden lejano— no son particularidades sino que se definen en términos relativos a partir del entramado socio-espacial que integran. Así como muchos actores que residen en la zona céntrica/comercial del barrio toman distancia (en sus prácticas urbanas y en sus imaginarios) de las zonas estigmatizadas como “de Brown para allá” y el Barrio Chino, otros vecinos que residen en áreas cargadas de propiedades positivas del barrio construyen distancias similares respecto de la zona céntrica/comercial, tan valorada por los primeros.

“Me deprime ir a La Boca, digamos, La Boca turística de Caminito o Vuelta de Rocha. No, nunca voy por ahí”, asegura Leticia (40 años), nacida en el barrio y hoy residente de Catalinas Sur, un complejo habitacional de monoblocks ubicado en el extremo norte, al que define como “un microclima de La Boca, un barrio dentro del barrio de La Boca”. Cercano al Parque Lezama, límite con San Telmo (véase Mapa 1) y habitado en su mayoría por gente de clase media, esta porción de la Boca deviene un territorio valorado y diferenciado del conjunto barrial para sus residentes. “Este barrio [Catalinas] lo que tiene, la gente que no conoce, a todo el mundo le gusta”, dice Leticia, “Es como que acá desmitificas un poco “uy, qué feo que es La Boca, ¿adónde me meto?”, cuando la gente viene acá es como que se da cuenta que no pasa nada, no te vienen a atacar, podés dejar el auto, podés salir a la calle y además tenés árboles”. Para Leticia toda la Boca deviene un espacio estigmatizado (“La Boca es fea en todos lados. Está muy dejado. Yo la veo como... como que no tiene una parte linda, salvo este barrio”); respecto del cual se construye una distancia palpable en sus imaginarios y prácticas urbanas concretas (“Yo de La Boca me muevo acá en Catalinas, en los negocios... Tomo un colectivo acá en Necochea y me muevo en unos pocos negocios que hay en este barrio, y después no uso a La Boca en realidad ni para compras ni para nada...”). Los

recorridos e imaginarios de las personas marcan los territorios, y los territorios así marcados a su vez condicionan los itinerarios de sus usuarios. La Boca (el resto del barrio) se vuelve una *heterotopía*, el lugar de lo diferente y lo lejano; un territorio marcado del cual desea excluirse. En este relato la zona “de Brown para allá” apenas tiene una carga negativa algo mayor, y el Barrio Chino constituye una referencia desconocida (“*No, yo no lo conozco. Acá no sé, capaz que hay algún microclima chino. No sé si será porque vienen chinos o porque... yo no veo profusión de chinos acá en La Boca, salvo los de los supermercados*”). Leticia construye distancia respecto a La Boca en su conjunto; las diferencias que otros vecinos perciben quedan englobadas en un territorio unificado en su lejanía simbólica respecto a su cotidianeidad.

“*¿Viste Catalinas?, o sea, Catalinas es re separatista ahora, se creen que viven en Puerto Madero, o quieren creer que viven en Puerto Madero*”, señala Federico, con un recelo que evidencia que las dinámicas de distinción producen efectos en ambas partes implicadas. “*La gente de Catalinas no quieren venir para acá. No conocen la zona de Caminito, no la quieren conocer. La gente de la otra punta no. Yo hablo con muchos y no conocen, no tienen ganas de venir para este lado*”, cavila Celeste, meneando la cabeza; “*pero bueno, después yo veo a otra gente que tiene la posibilidad de irse, porque tiene buenas casas, acá nomás en la otra cuadra, y no. Y tienen, ¿eh?, no dependen de un préstamo para la vivienda: tienen. No se quieren ir*”. Las distinciones y diferenciaciones que se articulan en el imaginario de estos vecinos, una y otra vez, remiten a cuestiones de marcado tinte socioeconómico: la percepción de que la gente de ese complejo habitacional “*se creen que viven en Puerto Madero*” —una de las zonas más caras de la Ciudad—, frente a lo cual vecinos como Celeste rescatan ese valor (el poder adquisitivo) como un atributo que también comparten algunos habitantes del resto de La Boca.

La misma tónica se observa en el relato de Mario, quien nació en La Boca y desde 1977 vive en avenida Patricios, límite con Barracas, si bien sigue trabajando en la zona ‘céntrica’ de La Boca, donde tiene una zapatería:

M: *“Yo termino con todo esto y me voy a mi casa y chau [dice mientras charlamos en la zapatería]. Con eso no te quiero decir que no voy a venir por acá a visitar un conocido o a dar una vuelta por equis motivos, pero sino no...”*

E: *“¿No vendría por acá?”*

M: *“Y, es que yo estoy acostumbrado allá también. Y cambia allá. Aparte ahora Patricios la hicieron hermosa... Mucha gente... algunas veces converso y: ‘¿adónde vivís vos?’, ‘mirá, yo vivo en Patricios y Martín García’, ‘ahhhh, ¡qué lindo Patricios que dejaron!’ (...) Hay que ver cómo cambia de un lado y otro de Patricios, o sea, lo que es Barracas y lo que es La Boca. Es mejor la zona de Barracas. Y de Patricios para allá, ¡mama mía!. Esa zona es palabra mayor. La parte más cara es ésa... Yo estoy ahí a 100 metros”*

La cercanía (física) respecto a la parte más cara de la zona deviene una cercanía simbólica que consagra a Mario ante quienes le preguntan por dónde vive. Ese prestigio se vuelve un factor diferenciado(r) desde el cual contempla (negativamente) al resto del barrio, con el que aún se vincula por su trabajo. También para él La Boca (de la que se excluye muchas veces en su relato) se vuelve un ámbito despreciado: *“Yo no viviría en esta zona. Noo, ¿en La Boca de noche? ...En este momento el peligro existe en cualquier lado, pero ahora si yo viviría en La Boca, tendría un poco de miedo de noche”*

Vivir “tras las fronteras”

Dentro del múltiple juego de territorializaciones que se entrecruzan en el barrio de La Boca, la zona “de Brown para allá” y el Barrio Chino constituyen ámbitos particularmente marcados por atributos negativos, y cercados por límites simbólicos que los diferencian y distancian del resto del entorno barrial. ¿Cómo afecta la presencia de fronteras y estigmas territoriales a las dinámicas de sus habitantes?; ¿qué “efectos de lugar” producen en la vida cotidiana de estos actores el *habitar* “tras estas fronteras”?

Cecilia (53 años) vive en la zona “de Brown para allá”, “*el cuco del barrio*”, en palabras de Marina. Vive en un conventillo en esa cuadra desde el año 2003, con su esposo y sus hijas. Al interrogarla sobre cómo se siente en el barrio, baja la vista y dice que el problema es “*la calle esa*”, donde ellos viven. “*Es por la impotencia que uno siente con la demás gente que viene de afuera. Veo que la misma gente le roba y nadie... Sobre todo a los turistas. Ahí en esa calle no se puede entrar*”, se lamenta. Su esposo, Gustavo, tímidamente agrega: “*Ahora sí porque hay muchos policías, pero antes no podía ir una persona extraña, que no es del barrio... hay problemas: te roban, drogas y todas esas cosas*”. La cuestión de la inseguridad, no como una preocupación por su propia persona (pues siendo “de adentro” del barrio parecería encontrarse más a salvo) sino como una situación que atraviesa su espacio de vida, se vuelve un problema palpable y cotidiano. Pues se trata de un estigma cuya marca, para indignación de Cecilia, aparece registrada incluso en los mapas de los turistas: “*Todo Necochea; Necochea y Lamadrid, y Ministro Brin es una zona roja, así te figura. Yo una vez estuve en la parada y me vino... un turista me preguntó qué le llevaba al centro. Yo le dije: ‘mirá, tomate acá el colectivo pero no te vayas para allá’. ‘Sí, sí’, me dice, ‘igual tenemos en la guía que esta zona es roja’. Es así, en la guía, en la parte de la zona de La Boca... está marcado con una cruz roja, que es peligrosa, dice. Es terrible*”

La cuestión de la inseguridad también emerge en los relatos de otros vecinos que viven en esta zona: “*Lo que no me gusta del barrio son los chorreríos de siempre*”, comenta Patricia, que vive en Necochea y Lamadrid con su esposo y su hijo pequeño, “*Ahora por suerte cambió bastante porque está Prefectura, todo eso. Donde podían ver a los turistas, ¿sabés cómo le robaban todo y le pegaban? Todas estas tres cuadras hasta allá era un desastre; era tierra de nadie*”. La presencia policial se vuelve el tema ineludible (y gratamente codificado) en el discurso de todos los entrevistados. “*Lo que no me gusta del barrio es la inseguridad, tal vez*”, dice Laura, una joven de 23 años, “*Es que a veces no podés salir y tenemos que pedirle a alguien que nos acompañe para ir a comprar... Vemos cómo pasan estas cosas acá en frente*

de nuestras casas. Pero ahora que hay Prefectura es como que se calmó, es un poquito más seguro”.

El estigma que pesa sobre esta zona del barrio tiene efectos muy concretos para algunos de estos vecinos, que ven condicionadas sus conexiones por la existencia de esa frontera que los ubica “del otro lado”: *“Ahí en esa calle no quiere entrar, por ejemplo, el teléfono. Vos pedís y no te entran; pedís cable y no te entran. Por el tema de... que no se paga, se enganchan mucho, qué sé yo. Nosotros pedimos muchas veces un servicio de cable y jamás. Te dicen: ‘no, ahí no entramos’. Y el correo, el correo no entra en lugares que sabe que es un peligro. Porque hoy yo encontré al correo que venía así caminando, porque a Noelia le tiene que venir el DNI, y todavía no le llegó; entonces le pregunté al muchacho y me dijo: ‘no, tenés que ir a Jujuy’, porque el tema es que hay chicos nuevos, entonces no entran en el conventillo, ‘si no tienen timbre no entramos’, me dijo. Me dijo que me vaya a buscarlo porque no va a entrar; donde hay pasillos no entran ‘porque tienen miedo’, así me dice. Ese es el tema”*

En el relato de Cecilia se observa una situación en la que vivir “tras la frontera” la excluye, la separa del flujo de accesos a ciertos servicios: los que implican la llegada hasta su puerta. Y, en este caso, por momentos la frontera simbólica es doble: el “*ahí no entramos*” remite a que no se entra a su área de residencia, y que no se entra a su casa por ser un conventillo (“*si no tienen timbre no entramos*”). En este caso, los “efectos de lugar” que produce vivir en esta zona estigmatizada (y en un tipo de vivienda estigmatizada) son poderosos: la excluyen de un circuito de accesos que debería tener garantizado dentro de los derechos que le otorga la ciudad.

Exclusión, separación, inaccesibilidad: elementos todos que remiten a lo que podría denominarse un proceso de segregación. Sin embargo, los relatos dan cuenta de situaciones más complejas: la frontera existe (y produce efectos), pero parece funcionar en un solo sentido: los que viven “afuera” no “entran” (o al menos procuran no “entrar”) a la zona estigmatizada, pero los de “adentro” circulan con fluidez, y tienen pleno acceso a las centralidades

barriales y urbanas en general.

“Acá todo cerca tenemos. Nosotros salimos del pasillo donde vivimos y tomamos el colectivo y bajamos ahí, al frente de la casa. Entonces es por eso que si yo quiero una casa, un alquiler, acá en el barrio. Más que nada por el tema que tengo todo acá. Ella [la nieta] tiene acá todos los colectivos cerca, no tiene que caminar mucho; tiene el hospital cerca, tiene el colegio cerca, tiene teatro, está cerquita; tiene dibujo, está cerca” (Cecilia). La posibilidad de acceso a los bienes y servicios que ofrece el barrio, así como el resto de la ciudad, no parece afectado por la presencia de la frontera. Lo mismo sucede para actividades de recreación y esparcimiento: los paseos de fines de semana se concretan tanto dentro de lo que ofrece el barrio como en otros puntos de la ciudad. Los vecinos sí trazan, como todos los actores sociales, sus propios itinerarios para movilizarse por el barrio: su conocimiento sobre qué calles son las más “difíciles” hace a la construcción de ciertos senderos, que tienden a repetir: *“Siempre voy caminando por Brown. Derecho por ahí. Es como la avenida más tranquila porque, bueno, no hay tantos chorritos que por acá. Y nada, más por Caminito porque ahí va mucha gente”*, dice Gustavo. Cuando se trata de ir a otros lugares de la ciudad, *“ahí es más fácil: salimos a Brown a tomar el colectivo. Por ahí pasan varios”*, apunta Laura.

Vicky llegó a La Boca en el 2011, a vivir con su hermano sobre Almirante Brown. Al poco tiempo se puso en pareja y se fue a vivir con su novio en las lindes del Barrio Chino. Entrevistando a su cuñada, quien continúa viviendo en Brown, al preguntarle si conocía el Barrio Chino, ella responde que no. Vicky interviene diciendo: *“Donde yo vivo, por ahí”*, a lo que su cuñada queda sorprendida: *“No sabía; yo que estoy hace 12 años no sabía”*. La dinámica de Vicky con su familia —con quienes se reúne diariamente— expresa esta dinámica socioespacial: es ella quien va a visitarlos (quien “sale” del Barrio chino); su hermano y su cuñada difícilmente van para allá o conocen su existencia.

En La Boca se producen (y reproducen) una serie de mecanismos simbólicos de marcación de límites y fronteras, que separan imaginarios y

prácticas concretas. Pero, como observa Segura (2009: 47), junto con estos procesos sociales que tienden a la separación y al aislamiento aparece todo un “conjunto de operaciones que se dirigen en sentido opuesto, estableciendo puentes y pasajes entre tales ámbitos separados y diferenciados”. Es decir que, aún en el caso de la presencia de fronteras simbólicas que recortan (y territorializan) zonas estigmatizadas, estos límites nunca son absolutos, si bien condicionan la movilidad y el acceso a determinados bienes y servicios. Y es en torno a estas oposiciones y tensiones (contradictorias y relativas) que la experiencia urbana de los sujetos se va entretejiendo en su carácter diferencial y, con frecuencia, eminentemente desigual.

Reflexiones finales

La apropiación del espacio físico, de un hábitat determinado, como sostiene Bourdieu, es producto de luchas, donde se ponen en juego los diversos capitales de sus ocupantes. Y, en este sentido, las estructuras espaciales son expresión de las diferencias sociales, donde la falta de capitales encadena a un lugar indeseado, a segura distancia de los bienes, servicios y agentes socialmente valorados. Pero los *efectos de lugar* funcionan también en sentido inverso y contribuyen a crear (o reforzar) las jerarquías, pues las estructuras y oposiciones del espacio físico “tienden a reproducirse en los espíritus y en el lenguaje en formas de oposiciones constitutivas de un principio de visión y división” (Bourdieu, 1993: 121). El espacio es uno de los lugares esenciales donde se afirma y se ejerce el poder y la violencia simbólica.

Siguiendo el desafío de Bourdieu de rescatar la dimensión *espacial* de los procesos sociales como parte constitutiva de las formas de construcción y reproducción de las estructuras y jerarquías del mundo social, el presente artículo se propuso estudiar las (inter)relaciones, accesibilidades, distancias y cercanías que se producen a nivel urbano, donde se conjugan relaciones de poder y se construyen fronteras simbólicas entre los individuos y grupos sociales.

El interés por ‘acercar la lupa’ al mundo del habitar, para recuperar las relaciones e interacciones de sus habitantes, exige ajustar el foco en un entorno reducido (en este caso, barrial) y centrarse en un “caso” concreto: el barrio de La Boca. La posibilidad de ahondar en el vasto universo de sentidos y significaciones de los actores en situación conlleva un nuevo desafío: tener siempre presente que se trabaja en un contexto específico, con particularidades difícilmente extrapolables al conjunto social, pero que la riqueza del análisis cualitativo —la capacidad de profundizar en procesos y construcciones— brinda herramientas que trascienden las singularidades del caso y resultan útiles para abordar fenómenos similares en otros contextos.

La proximidad espacial —la *contigüidad*, en términos geográficos; la *vecindad*, en palabras coloquiales— no implica cercanía e interacción cotidiana. Cuando se aborda al espacio no sólo desde la localización residencial, sino como un entrecruzamiento de movilidades y prácticas espaciales, se evidencia que las distancias y proximidades no son sino categorías *relacionales* que se construyen en la interacción y la circulación. El espacio vivido de los sujetos se encuentra profundamente atravesado por barreras de carácter simbólico, que recortan “mundos” con sentidos y valores diferenciados. Y todo un conjunto de consensos sociales en relación al territorios y sus habitantes, asigna roles y comportamientos esperados, sanciona transgresiones y construye membrecías y extranjeridades.

El barrio de La Boca se encuentra fuertemente marcado por fronteras simbólicas y espacios “territorializados”, significados en términos de diferencias y lejanías (sociales), a pesar de que el mapa manifiesta una contigüidad (física). Algunos de estos límites y barreras (como “de Brown para allá” y el Barrio Chino) surgen de manera reiterada en los diferentes relatos —dando cuenta de sentidos compartidos y apropiados colectivamente—, pero no constituyen fronteras únicas ni absolutas; lo que se configura es un múltiple juego de distinciones relacionales, como ejes ordenadores del espacio vivido. *Isotopías* y *heterotopías* se definen en términos relativos a partir de las percepciones de los actores, desigualmente posicionados en el campo social.

Y, en el caso de La Boca, el principal factor de diferenciación que se condensa en torno a las fronteras territoriales debe leerse en clave socioeconómica: así como las zonas estigmatizadas se vinculan con la presencia barrial de la *pobreza* (y los miedos que genera su vinculación con historias de delincuencia y transgresión), y el prestigio espacial recurrentemente retoma al poder adquisitivo como factor de distinción.

Ahora bien, esas zonas estigmatizadas y separadas del conjunto barrial por límites sociales y simbólicos: ¿qué “efectos de lugar” producen en la vida cotidiana de sus habitantes? Los relatos de los vecinos que viven “tras las fronteras” dan cuenta de algunas características que asumen estas barreras. Para algunos, el estigma que pesa sobre su zona de residencia tiene efectos muy concretos, donde el “ahí no entramos” (en boca de carteros o empleados de servicios públicos) los excluye de un circuito de accesos que debería tener garantizado por su pertenencia a la ciudad. Sin embargo, la porosidad de estos límites (el hecho de que no solo separan ámbitos y prácticas, sino que constantemente se tejen pasajes entre los territorios así definidos) parece funcionar en un solo sentido: si bien “los de afuera” procuran no “entrar” a la zona estigmatizada, “los de adentro” se mueven y circulan con fluidez, al punto que su acceso a las centralidades urbanas no parece afectado por la presencia del límite simbólico.

Estas lecturas esperan constituir un aporte a una temática sumamente compleja: la cuestión de las fronteras y límites intraurbanos que se construyen (y funcionan) en el mundo cotidiano del *habitar la ciudad*. Pregunta difícil, que exige trascender cualquier mirada “desde arriba”, para recuperar el punto de vista del caminante, e intentar comprender las relaciones e interacciones que se tejen, los sentidos y significados que se construyen, las movilidades, encuentros y exclusiones que se (re)producen en cada situación microespacial. Sólo así pueden abordarse las dinámicas de movilidad socioespacial, donde se atraviesan cuestiones como la construcción social de lo próximo y lo lejano, los territorios apropiados y las formas de extranjería, los ritos de pasaje entre los mundos así definidos. Y, como todo buen problema,

más que una respuesta, espera ser motivo de nuevas preguntas.

Referencias bibliográficas

- AMEIGEIRAS, Aldo; APREA, Gustavo; CABELLO, Roxana; EILBAUM, Lucía; FEDERICO, Alberto; FILC, Judith; FREDERIC, Sabina; GRIMSON, Alejandro; KOHAN, Gustavo; KOZAK, Claudia; RUBINICH, Lucas; SOLDANO, Daniela; VILLALTA, Carla. (2002). Principales ejes del debate. En Judith Filc (Org.), *Territorios, Itinerarios, Fronteras. La cuestión cultural en el Área Metropolitana de Buenos Aires, 1990-2000* (pp. 183-197). Buenos Aires: Ediciones Al Margen.
- ARFUCH, Leonor. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BERICAT ALASTUEY, Eduardo. (1994). *Sociología de la movilidad espacial. El sedentarismo nómada*. Madrid: CIS.
- BOURDIEU, Pierre. (1990). *Sociología y cultura*. México D.F: Editorial Grijalbo.
- BOURDIEU, Pierre. (1993). Efectos de lugar. En Pierre Bourdieu (Ed.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- CAPRON, Guénola y GONZALEZ ARELLANO, Salomón. (2006). "Las escalas de la segregación y de la fragmentación urbana". *Revista Trace*, 49, 65-75.
- DE CERTEAU, Michel. (2000). *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana
- DEVOTO, Fernando. (1987). La emigración ligure temprana a un barrio de Buenos Aires: 1830-1860, I Congreso Hispano Luso Italia de Demografía Histórica, Barcelona, 22-25 de abril (paper).
- DEVOTO, Fernando. (1989). "Los orígenes de un barrio italiano en Buenos Aires a mediados del siglo XIX". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani*, 3 (1), 93-114.
- DI VIRGILIO, Mercedes; HERZER, Hilda; OSTUNI, Fernando; REDONDO, Adriana y RODRÍGUEZ, Carla. (2008). Iguales pero diferentes: el barrio de La Boca en el cambio de década (1998-2000). En Hilda Herzer (Org.) *Con el*

corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires (pp. 121-156). Buenos Aires: Espacio Editorial.

DÍAZ ORUETA, Fernando; LOURÉS, María Luisa; RODRÍGUEZ, Carla; DEVALLE, Verónica. (2003). "Ciudad, territorio y exclusión social. Las políticas de recualificación urbana en la ciudad de Buenos Aires". *Revista Española de Investigaciones Sociales*, 103, 159-185.

FILC, Judith. (2002). *Territorios, Itinerarios, Fronteras. La cuestión cultural en el Área Metropolitana de Buenos Aires, 1990-2000*. Buenos Aires: Ediciones Al Margen.

GRAFMEYER, Yves. (1994). Regards sociologiques sur la ségrégation. En Jacques Brun, y Catherine Rhein (Dir.) *La ségrégation dans la ville* (pp.85-117). París: L'Harmattan.

GRIMSON Alejandro. (2000). Introducción: ¿fronteras políticas vs. fronteras culturales. En Alejandro Grimson (Comp.) *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro* (pp. 9-40), Buenos Aires: CICCUS-La Crujía.

GRIMSON, Alejandro. (2002). Ritos de pasaje en la territorialidad urbana. En Judith Filc (Org.), *Territorios Itinerarios Fronteras. La cuestión cultural en el Área Metropolitana de Buenos Aires, 1990-2000* (pp. 55-66). Buenos Aires: Instituto del Conurbano UNGS, Ediciones Al Margen.

GRIMSON, Alejandro. (2009). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En Alejandro Grimson, Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 11-40). Buenos Aires: Prometeo.

GUEVARA, Tomás. (2010). Políticas habitacionales y procesos de producción del hábitat en la Ciudad de Buenos Aires. El caso de La Boca. Tesis de Maestría, Facultad de Ciencias Sociales, UBA (inédito).

HERZER Hilda; DI VIRGILIO, María Mercedes, GUEVARA, Tomás; RAMOS, Julia, VITALE, Pablo e IMORI, Marcela. (2011). "Unos llegan y otros se van: cambios y permanencias en el barrio de La Boca". *Población de Buenos Aires*, 8, 14, 7-27.

HERZER, Hilda, DI VIRGILIO, Mercedes; LANZETTA, Máximo; MARTÍN,

- Lucas; REDONDO, Adriana; RODRÍGUEZ, Carla. (2008). "El proceso de renovación urbana en La Boca: organizaciones barriales entre Nuevos usos y viejos lugares". *HAOL*, 16, 41-62.
- LACARRIEU, Mónica. (1995a). "Las múltiples y diversas caras de lo local". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XX, 257-264.
- LACARRIEU, Mónica. (1995b). Que los conventillos no mueran. Disputas por el espacio barrial. En Oscar Grillo, Mónica Lacarrieu y Liliana Raggio (Comps.), *Políticas Sociales y Estrategias Habitacionales* (pp. 62-119). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- LAMONT, Michele y MOLNAR, Virag. (2002). "The study of boundaries in the Social sciences". *Annu. Rev. Sociol*, 28, 167-195.
- LEFEBVRE Henri. (1969). *El derecho a la ciudad*. Madrid: Península.
- LEFEBVRE Henri. (1972). *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial.
- NEIMAN, Guillermo y QUARANTA, Germán. (2007). Los estudios de caso en la investigación sociológica. En Irene Vasilachis de Gialdino (Coord.) *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 213 - 238). Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- REDONDO, Adriana y ZUNINO SINGH, Dhan. (2008). El entorno barrial: La Boca, Barracas y San Telmo. Reseña histórica. En Hilda Herzer (Org.) *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires* (pp. 97-120). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- REDONDO, Nélica. (1988). "La Boca: evolución de un barrio étnico". *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 3, 9, 269-294.
- RODRÍGUEZ, Carla; BAÑUELOS, Carla y MERA, Gabriela. (2008). Intervención-no intervención: ciudad y políticas públicas en el proceso de renovación del Área Sur de la Ciudad de Buenos Aires. En Hilda Herzer (Org.) *Con el corazón mirando al sur. Transformaciones en el sur de la ciudad de Buenos Aires* (pp.45-96) Buenos Aires: Espacio Editorial.
- SABATINI, Francisco. (2003). *La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina*. Documentos de trabajo del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, Serie Azul, N° 35. Pontificia Universidad Católica de Chile (paper).

- SANTOS, Milton. (2000). *La naturaleza del espacio*. Madrid: Ariel.
- SEGURA, Ramiro. (2009). Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del Gran Buenos Aires. En Alejandro Grimson; Cecilia Ferraudi Curto y Ramiro Segura (Comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 41-62), Buenos Aires: Prometeo.
- SILVA, Armando. (2000). *Imaginario urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores
- SIMMEL, Georg. (1977). El espacio y la sociedad. En *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza Editorial.
- SOJA, Edward. (1989). *Postmodern Geographies: the reassertion of space in critical social theory*. London: Verso Press.
- VAN GENNEP, Arnold. (1986). *Los ritos de paso*. Madrid: Taurus.

Notas

¹ Pueden mencionarse los trabajos de Grafmeyer (1994); Caprón y González Arellano (2006); Sabatini (2003); Segura (2009), entre otros.

² Esta relación cara-a-cara en la situación de entrevista produce efectos en los relatos de los actores, donde la presencia del investigador —y los imaginarios que se construyen en torno ésta— condiciona las reacciones y respuestas que brindan los entrevistados. No es posible eliminar tales efectos en un contexto de entrevista, pero se procuró minimizarlos cuidando la forma de presentación de los objetivos de la investigación, estableciendo contactos previos con los actores y llevando a cabo entrevistas flexibles, siguiendo el modelo de una conversación normal.

³ Este método consiste en elegir determinadas personas que presentan características especiales y, con la información disponible, se les pide que ubiquen a otros miembros de la misma población de estudio, por familiaridad, conocimiento o facilidad de acceso (Escribano, 2008).

⁴ Las entrevistas se realizaron entre mayo y diciembre de 2012. Los nombres mencionados en el análisis fueron cambiados para resguardar el anonimato de los entrevistados

⁵ Entre ellas puede mencionarse el RECUP-Boca, el Programa de Renovación de Conventillos, la Operatoria 525, el Programa de Rehabilitación del Hábitat del Barrio de la Boca, el Programa de Autogestión de la Vivienda, etc. Para un análisis detallado, véase Guevara (2010).

⁶ Véase

http://www.buenosaires.gob.ar/areas/hacienda/sis_estadistico/anuario_general/archivos/6_104.html Fecha de última consulta: diciembre de 2014.

⁷ Pizzería emblemática de La Boca, que se encuentra en Almirante Brown y Olavarría.

Fecha de recepción: 30 de julio de 2014. Fecha de aceptación: 06 de octubre de 2014.